

CUADROS DE VIAJE

Por

Alfredo HERNANDEZ Camus
Cuerpo de Carabineros

LA TORRE DE LAS APUESTAS

En Diú —ciudad-fortaleza— que desde el siglo XV, junto a Damao y Goa, constituía el jirón romántico y floreciente del minúsculo Estado portugués de la India —al norte del Mar de Arabia, o Guzarate— se cuenta como digno de memorias del pasado, que al aproximarse el monzón y con éste el barco de Mozambique que había de llegar, un desasosiego general se apoderaba por completo de la vida del puerto, de ritmo habitualmente adormecido.

Los monzones, vientos recios, exclusivos del Oriente en extensión y magnitud —que los árabes llamaban "maucim"— soplan seis meses en una dirección determinada y otros tantos en la opuesta; regulares, libres de sorpresas.

En cuanto a los negocios... ¿saldría todo bien?

El valioso capital en riesgo —cuyo ciclo de recuperación tardaba dos años— ¿salvaría de naufragio o de piratas?

Los adinerados del comercio local —musulmanes de turbante y albornoz— hacían de estas conjeturas un fuerte juego de apuestas —pasión innata en ellos— que subían en posturas a la vez que en nerviosismo a medida que el monzón corría en progresión; que las autoridades prohibieron después del todo, por lo frecuente de las quiebras. Pero era tal el

frenesí, que el vicio se ingenió para levantar en Diú una atalaya, apodada luego "torre de las apuestas", porque allí las continuaban en la clandestinidad. Desde el tope, en guardia permanente, podían con ventajas escrutar el mar —las rutas azules de los monzones— agudizando la pupila durante la noche, anhelantes tras el débil lampo de un fanal propiciatorio hasta las auras que tornasolaban las primeras horas del nuevo día en nacimiento. Y si la ansiada nave demoraba más de la cuenta en perfilarse ya a la cuadra del golfo de Gambai —contrariando cálculos y tablas cronológicas avaladas por la práctica —entonces, el temor a la ruina arrasaba con los nervios y culminaba en paroxismo.

Empero... el noble velero de Mozambique... aguerrido y de alto bordo... ¡al fin llegaba! Abarrotado, cansado y sucio. Un auténtico relato de aventuras tras meses y 15 mil kilómetros de costa y continentes que con el viaje de retorno subía al doble. Pues, en su momento, al ritmo alternado de los grandes vientos, que como dijimos eran dos: los que llevan y los que traen, debía regresar al punto de partida.

¡Qué grande extensión de caminos —pensamos hoy con admiración y respeto— con los medios de esos tiempos!

Eran los primeros barcos de cristianos de Europa —“nazarenos infieles”— jamás antes vistos por las rutas tradicionales de la Medialuna.

La nave partía anualmente de Sofala —¿la aurífera Ofir mahometana . . . el Perú de entonces. . . ?— allá en la lejanía sur del Indico y, a lo largo de las costas africanas infinitas, orillando factorías y comunidades moras, bregaba inquieta hasta los confines mismos de la generosa Somalia, feudo de camellos y remate oriental de la molicie africana. Latitudes donde Bab-el Mandeb (Puertas del Llanto) —el estrecho— al abrir sus compuertas a las aguas bermejas que van al país de la Esfinge y obeliscos —que al tiempo desafían—, separan al Africa oscura de la Arabia gigante, Tierra legendaria de hombres de muchas luces; con sus costas codiciadas del incienso para altares faraónicos de otrora, y los posteriores en la historia de la Cruz o del Corán.

Por esas geografías en que las grandes aguas curvan sus abismos hacia el Malabar asiático, marcaban la última jornada de cansancio para los esquifes lusitanos. Vastos espacios de silencios oceánicos, murmurando tiempo impío como hostigados de estar serenos. . . a veces como a miles de millas de . . . ninguna parte . . . con su carga de nostalgia y melancolías y el alma en un dogal. Osados capitanes de epopeya que no sabían de fatigas, Apóstoles y caballeros mercantiles de los mares del mundo, de atreveres arriesgados, que con lucro y eficacia incrementaban el comercio que indemniza. Y así, entre bríos y hazañas singulares, con venturoso laudo, un capítulo más cumplía la cruzada anual ante las playas y muros del Diú mercadante. En la India de los portugueses, primer eslabón de Europa en Asia, Tierra de calor, color y luz para los alquimistas de la especiería. De nuevo bajo la constelación de la Osa Menor y la estrella polar perdida.

Y con esto caía el telón y terminaba el desenfreno. Todo para recomenzar al año siguiente.

Luego, el robusto bergantín aglomerado, era lento en traspasar la barra de Diú, esquivando los tumbos del viento y cautelosamente sondeando fondo desde proa. En tanto que a sus expertos gavieros ex-

tenuados, como que se les alejaba el puerto detrás de una cortina corrida sobre el escenario de la rada.

Allí los hindúes mozambicanos bajaban a tierra a trocar marfil africano y oro de Sofala —para adornos o gala militar— por brocados, sedas y muselinas, finas como tela de araña. Productos de la antigüedad de la primorosa artesanía hindú, de la que granjeaban subidos beneficios. Otros iban a visitar la familia o para engendrar los hijos que habían de constituirlos. Una imposición ritual de su “ethos” religioso que impedía hacerlo con carne herética. Y los que casaban regresaban a Mozambique en el barco siguiente —cuando el monzón invertía su curso —dejando a la mujer grávida con los padres de ésta. Silenciosas tragedias conyugales de las esposas de Diú, que durante siglos sirvieron sólo de “chocadeiras” —simples incubadoras— de los maridos siempre ausentes. Panorama social ya remoto y felizmente superado por los avasalladores padrones europeos que al abrir todas las sociedades, hicieran desaparecer las diferencias religiosas y de castas.

Así empezó la historia secular de los primitivos inmigrantes procedentes del virreinato portugués de la India. Llegaron acá jóvenes, como aprendices de comercio, que en los comienzos, hasta lograr reunir un capital inicial, exigiales una vida estrecha de severa economía. Aquí en la Provincia los llaman “baneanes”. Una secta bramánica, notoria por su habilidad comercial. Como quien dice, los cartagineses del Guzarate. Sus descendientes acusan el tipo ario en sus hermosas proporciones físicas, aunque de tez algo oscura, por su origen indostánico, donde dicen que el sol es coruscante.

Los nativos lugareños los clasifican de “brancos” por el hecho de ser portugueses y cristianos. Aunque algunos se conservan musulmanes. Existen mezquitas por todo el territorio. Templos de típica arquitectura mudéjar, liviana, con sus tracerías, follaje y arabescos, desnudas de imágenes.

Los hindúes saludan: “Namasté”, juntando las manos como una plegaria a la altura del pecho, con esos gestos tranquilos de antaño.

Hoy, los hijos de esos hijos, haciendo honor a su ancestro, son comerciantes opulentos y forman el grupo étnico más numeroso. El público los aprecia por su seriedad contractual, trato solícito y paciencia benedictina.

Pero ante todo son negociantes tenaces.

He aquí, a propósito, parte de un breve diálogo anecdótico entre vendedor y cliente, perteneciente a los anales edilicios del siglo pasado, que nos apresuramos a transcribir en su original.

—Nao quero —(dice el cliente)—; e muito caro.

—Muito caro, senhor? Veja bem artigo, senhor. E bom. (Vea bien el artículo, señor. Es bueno).

—Dez (10) libras é um roube.

—Ah senhor! Nao pode vender mais barato. Já perde muito dinheiro.

—Dou te tres libras.

—Nao, senhor, eu (yo) nao pode.

—Entao passa ben... (entonces pásalo bien...).

—Escuta senhor, escuta cá. Nem há-de ser o que eu pedee o que senhor quer dar. Senhor leva artigo por cinco libras. (Escuche señor, venga acá. Ni ha de ser lo que yo pido ni lo que usted quiere dar. Llévelo por cinco libras).

—Nao quero, homem. Nao te dou nada mais, Tres libras e já é estares com sorte.

—Vem cá, senhor. Leva artigo por tres libras...".

El portugués, idioma galano, con cierto esmalte perezoso y olvidado, es de fácil comprensión para los de habla hispana. No libre de giros duros, de origen árabe, que en ambas lenguas resplandecen a menudo.

En cuanto a las bellas mozas hindúes, que comúnmente se las ve con sus padres, constituyen por su altiva gracia el cuadro más exótico y garrido de la ciudad. Visten lujosos saris heráldicos, largos, drapados, ceñidos a la cintura, de muy buen gusto y exquisitamente femeninos. Eligen colores adecuados para las diferentes horas del día, prevaleciendo los tonos violáceos y ámbar anaranjado. Las trenzas, que llevan sueltas, caen sobre la moldura del rostro o por encima de los hombros, a manera de estola; y en la cabeza, a modo de velo, una tiara diáfana, sedosa, matiz topacio transparente, de puntas largas, que reposan apropiadamente sobre el requiebro ondulante de las caderas... arrastrando aplausos y rendimientos. En la imaginación... como aquellas deliciosas concubinas moras en la clausura del harem... más allá de los muros... Haciendo tragar saliva, no sólo al cráter joven, sino también al entrado en años... todavía no tocado ni por el cloral o el opio...

Lorenzo Marques

Mozambique, 1973.

EL CANAL DE MOZAMBIQUE

Nada en este mundo es perenne o de quietud absoluta. Donde había antes montañas puede ser ahora la fosa de los mares. Como si cada región espaciosa de la Tierra tuviera sus vestigios escondidos y hasta su génesis y diluvio propios.

Madagascar —hoy Isla Malgache (entre las mayores del orbe), frente a la cos-

ta oriental del Africa meridional— podría afirmar tal teoría. Según los entendidos, sería el fruto del abatimiento geológico de las alturas continentales en épocas primarias, ramificación de la gran fractura de Eritrea y Palestina. Falla que al provocar un tajamar submarino, dividió la cuenca del Indico en dos, dando

entrada a un gran brazo de mar en ese valle sumergido; estrecho marítimo —entre el Africa del Este y la ex Isla de Madagascar— el cual, hasta donde alcanzan la tradición y la noticia, las cartas náuticas lo designan como Canal de Mozambique. Unas mil millas de extensión —condicionadas por el litoral de la mollicie isleña—, superior a Francia en territorio y un promedio de 400 a lo ancho. La prolongada clausura del Canal de Suez —obra del ingenio humano—, ha puesto de moda al Canal de Mozambique —el mejor iluminado y balizado del globo—, pasaje natural y producto de un destroz paleozoico. Hoy ruta obligada del intenso tráfico naviero oriental, particularmente petroleros gigantes, que desde el Golfo Pérsico rumbo al hemisferio norte han de circunnavegar el inmenso continente africano. Miles de millas más de recorrido, con su lógica incidencia en el costo de los fletes.

Mussa'mbique —de ahí el nombre— era sultán o virrey de una pequeña isla brotada del coral, inmediata casi a tierra firme, dentro del ancho espacio de las aguas del canal. La única habitada entre las amputadas reciedumbres de un archipiélago menor, cual obra de una naturaleza irritada. . . . Acaso también huellas a la vista de aquel mismo rudo y remoto cataclismo.

Importante entronque afroasiático, porque a sus alturas perdían efecto los monzones, vendavales de curso duplo que siempre regularon la navegación a vela. Por eso, aquí terminaba, canalizaba sus lucros y giraba el dilatado y sagaz comercio islámico, regido por los árabes en el Océano Indico —propio y extranjero— que fiel al mandamiento coránico favorecían los grandes viajes de intercambio. Era también asiento del reino de Sofala. Su anfiteatro aurífero, tierras adentro, en selvático festín. La antigua Ofir.

Recio parapeto desde los tiempos de Mahoma, bajo la enseña de la Medialuna; sempiterna cortejada por Venus, el lucero, y vigilada en su pulso por los puñales de plata y alfanjes curvilíneos de los broncíneos capitanes de la morería. En donde, al morir el día, desde España al sur de China, todos los labios moros unían a su estirpe musitando una oración. . .

Vasco de Gama, al recalar aquí, durante su viaje en demanda de la India, en 1498, al erigir su Roma en Goa, la incorporó al reino de Portugal.

Fue Da Gama y no Bartolomeu Dias quien primero puso pie en Mozambique por mar. El primer cristiano de Europa en surcar estas aguas. Dias, al doblar el Cabo de Buena Esperanza, en 1487 —nombre muy apropiado—, operación pleneada a grande escala, si bien abrió el camino a la India, sólo alcanzó hasta costas bravías, inhóspitas, de pigmoides, sin relación lingüística entre sí. Muy lejos todavía de tierras mozambicanas. Ya que ni los más osados mercaderes mahometanos, jamás aventuraron sus barcos a las rápidas corrientes del canal de Mozambique, que podrían arrastrarlos a los temidos y sobre todo "desconocidos" mares del sur. Además la Historia no registraba nada más abajo del trópico de Capricornio.

Retomando el hilo, la ciudad de Mozambique (isla) —de la cual esta crónica arranca, gira y desarrolla su acción—, donde otrora el Corán, por ocho siglos, implantó lares —fue placenta y voz—, madre de un triple legado. Pues no sólo perpetuó su nombre en el canal mismo —progenitor de estas líneas—, sino que pasó a la provincia e incluso a uno de sus distritos; en la verde floresta continental. Vasta como España e Italia reunidas.

Ciudad en miniatura, cuyo bien ataviado andamiaje arquitectónico conserva toda la gradación jerárquica de su rico catálogo histórico. De la era moruna como de la epopeya marítima lusitana. Sobresaliendo de esta última, la fortaleza de San Sebastián, Iglesia de la Misericordia y el suntuoso palacio de Sao Paulo. Sede por 400 años de la Administración Provincial. Sus pesados cortinajes y alfombrados corredores, cargados de dignidad, nos obligan a marchar con majestad. Posteriormente, por su posición demasiado excéntrica, cedió su trono a Lorenzo Marques, gran puerto en el litoral.

Una ciudad-museo, que invita a reunir las piezas episódicas más notorias del pasado y a desplazar la vista hacia los mol-



des de otras épocas. Días austeros, de andares con fatigas, de fascinación o aventura. Cuando se oraba antes de emprender cada tarea. Lo que justifica su gran atractivo para el turismo internacional. Y a propósito, un letrero muy visible a lo alto, en el cabezal del moderno puente carretero de cuatro kilómetros, que a modo de cordón umbilical la une a tierra africana, su mayorazgo, agasaja al recién llegado con una estrofa en bastardilla que dice así:

“Bem vindo sejas, turista! Aquí a tens a cidade pequenina e secular.
 Nao interessa d'onde vens;
 Se por terra, por mar ou pelo ar.
 Ben vidos, peregrinos e forasteiros
 sejan eles lusitanos ou estrangeiros
 descendam eles da plebe ou da nobreza
 Bem vindos a esta linda terra portuguesa.

En menos de dos kilómetros cuadrados de superficie —circundada por un

mar esmeralda bajo un azul de esmalte y bordada por la sombra de palmeras—, alberga 12.000 almas de diversas razas, religiones y culturas. Tan afables y serenas, que basta apenas rozarlas con la mirada para sabertas no p omocionadas, sintéticas ni deshumanizadas. Este, pues, es uno de los pocos refugios románticos que nos van quedando en este mundo de hoy mal ajustado. Porque el hombre con su comportamiento bárbaro, contradice el orden y concierto de las cosas creadas, causa de nuestro creciente deterioro interior.

Desearíamos detallar otros puntos de relieve más ávidamente, con palabras oportunas, pero la presión del tiempo y las distancias nos obligan a pasar por alto temas que no quisiéramos perder de vista. Los grandes viajes sirven de agente para impresionar y universalizar nuestro ser, no siempre justamente interpretado

y comprendido. Y con discreta sordina debemos anudar nuestras emociones en los remolinos del alma, que al menos nos sirva de inventario, así a solas, para fertilizar el espíritu con los recuerdos.

Su singular ubicación y atmósfera de antaño, se combinan aquí para estimular a las musas y a la inspiración, especialmente al final del día y de una jornada ilustrativa, en una larga cita con la historia, no árida ni estadística, sino como nos gusta, novelada. Es la hora del silencio de Africa. Tal vez donde el hombre, en su primer mañana, jaurías ya millonarias lo aguardaban en una sociedad reglamentaria, sucediéndose en un fiel renuevo, en viejos caminos arbóreos de silencio comunal, y aunque llegó desarmado, ante él su fiero instinto dominaron. ¿Podrá éste cobrar altura a sus fueros cuando destruye a cada instante el equilibrio de lo creado? Parece olvidar que todo lo que piensa, dice y hace, que ejerce en mil direcciones, queda exacto en un padrón eterno con autógrafo, rubro de su nombre, y de que cada nuevo sol, Dios liquida con él una diaria cuenta. ¿Qué abogado se presentará a la palestra buscando su fiel en la balanza eterna, cual contrapeso a su humanal flaqueza?...

¿Por qué este filosofar, a las últimas vislumbres del ocaso, hora aquí de sosiego, que pareciera definir lo indefinible con serenidad de cima, algo que a todos —nostalgias de cielo— en ciertos momentos invade? ¿Será porque se preparan nuevas lágrimas y caídas?...

En estas meditaciones, tan propias del lugar y de... los años... nos sorprende la cortina corrida de la noche estival, frente a mares calientes, tan lejanos de nuestra patria. Mientras que al peregrinar de los vientos, sobre horizontes de espumas, allá en la distancia, meteoritos chispeantes se deshacen en mágicas flameantes lucecillas. Como los grandes hombres, que han de quemarse para dar luz... En tanto arriba, en el firmamento, todo parece igualmente importante... las grandes como pequeñas estrellas, pestañeándonos asomadas al balcón de la eternidad...

...Hay ciertas sugerencias poéticas entre el rumor del follaje de palmeras columpiantes, acacios y mimosas, que por las noches evocan al Oriente y en el día recuerdan a Portugal.

Isla de Mozambique, en el canal de su nombre, provincia de Mozambique, Océano Indico, 1973

